

durante décadas de un pueblo, más o menos como el nuestro, vecino y ami-

go, víctima del atraso y de circunstancias históricas aquí ahora transparentes.

Eloy Fernández Clemente

Universidad de Zaragoza
efernan@unizar.es

BOIXAREU, Mercè y LEFÈRE, Robin (coords.): **La Historia de Francia en la Literatura Española. Amenaza o modelo.** Madrid, Castalia, 2009, 796 págs., ISBN: 978-84-9740-275-0.

Nace este libro como resultado de un claro designio de convertirse en *summa* de una materia muy determinada; y pretende, sin duda, ser suma en tanto que recopilación exhaustiva y suma en cuanto que ambición de que aquella recolecta pueda ser, a la fecha, la superior. Para ambos propósitos los coordinadores del proyecto (a su vez reverso de otro cuyos resultados vieron la luz siete años antes: Mercè Boixareu y Robin Lefère (coords.), *La Historia de España en la Literatura Francesa. Una fascinación*, Madrid, 2002) han conseguido agremiar a buena parte de los mejores especialistas (más filólogos que historiadores) de cada tramo histórico, cuyas aportaciones podemos leer, ordenadas según criterio cronológico, en el voluminoso libro.

De este planteamiento enciclopédico se derivan los aciertos y también los reparos que la lectura del libro suscita. El más evidente de estos últimos es que la adición de estudios garantiza una suma cuantitativa (es obvio), pero no la excelencia enciclopédica que de una *summa* se espera. Quiero decir que para que un libro no termine por convertirse en un mero recuento de piezas ha de fundamentarse en sólidas peticiones de principio que jerarquicen las aportacio-

nes de tal modo que al menos aparenten pertenecer a un sistema coherente. Conscientes de este problema capital, los coordinadores han puesto su afán en matizar la inevitable sensación de rutina positivista que produce la acumulación de datos mediante la escritura de una «Presentación» inicial y unas «Recapitulaciones» y «Conclusiones» epilógicas. La «Presentación» inicial declara lo que el libro debería haber sido: una obra monumental basada en las contribuciones de un elenco de colaboradores excelente y que con criterios de solvencia (esto es, de capacidad de relación de datos en un discurso coherente superior) trazaran un panorama donde la pericia en la formulación de exámenes del tema de naturaleza, diríamos, transversal, propiciara una comprensión sistemática lo más alejada posible de un simple almacén o cajón de sastre.

Esta intención queda en parte frustrada, sin embargo, por el desarrollo del libro y la sucesión, que podría haber sido infinita al carecer de brida interpretativa, de los capítulos encargados. Es tan acusada esta concatenación de artículos que los coordinadores acuden a unas «Recapitulaciones» para paliar los efectos de la agotadora yux-

taposición, incurriendo en una inevitable *mise en abyme*: resumir la suma, recapitular unos capítulos que, en su mayoría, también acudían a la fórmula de presentación y sucesión de datos terminada abruptamente por un «en resumen» o «en conclusión».

Cierto es que la palmaria naturaleza «de encargo» de los capítulos propiciaba un rompecabezas difícil de resolver. Por ello estas «Recapitulaciones» y por tal razón, asimismo, la existencia de unas «Conclusiones» que dijeran lo que deberían haber insinuado con mayor claridad los capítulos de haber seguido fielmente las líneas expuestas en la «Presentación». O dicho de otro modo: los coordinadores pretenden en las «Conclusiones» proyectar una pátina de sistematicidad sobre el almacén aleatorio y heteróclito de datos; y lo hacen mediante el recurso al añejo sistema de formas y funciones: de los datos expuestos se deduce que hay una «tematización» de determinados «ítems» de la Historia de Francia en la Literatura Española y que esos temas predeterminan y son predeterminados a su vez por unas «funciones» derivadas del uso histórico de aquellos. Ni que decir tiene que estos temas y funciones se resuelven, una vez más, en una «relación» que los detalla. De nuevo un resumen, de nuevo una recapitulación.

Detrás de estas censuras tal vez haya simplemente un error de cálculo, también quizá derivado de que este proyecto fuera semiconscientemente una *amplificatio* del veterano estudio de Francisco Lafarga (*Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona, 1989) por la cual aquella monografía deviniese ahora *monumenta* sencillamente a través de la acumulación de datos o la labor de desfonde positivo de parcelas históricas y literarias inexploradas.

El encargo de los capítulos a prestigiosos eruditos y su primitiva articulación cronológica al cobijo de breves introducciones históricas a cada tranco temporal (Edad Media, Siglos de Oro, siglo XVIII, siglo XIX y siglo XX) no es suficiente aval para que el resultado sea del todo convincente. Entre otras cosas, porque las estrecheces de extensión para unos colaboradores y el aleatorio campo de explanación erudita para otros no ayudaban en absoluto a los propósitos de cohesión.

Tampoco ayuda el no delimitar en las peticiones de principio las apasionantes relaciones entre Historia y Literatura, de cuyas tensiones se ha ocupado con tino desde hace años la profesora Isabel Burdiel, entre otros, con resultados excelentes (vgr. Isabel Burdiel y Justo Serna, *Literatura e historia cultural o por qué los historiadores deberíamos leer novelas*, Valencia, 1996). Ni que tampoco sepamos si los estudios habrán de transitar bien por el comparatismo, bien por la historia de la cultura, bien por el análisis de modelos e imaginarios culturales, o bien, que es al cabo lo que sucede, por la simple indexación de los lugares textuales en los que aparece una mención de la Historia de Francia en textos literarios hispánicos (en puridad, castellanos, porque de catalanes, por ejemplo, se habla bien poco). O que, en fin, se aparte como objeto de estudio los libros de Historia, las crónicas, los ensayos, buena parte de las memorias y, lo que es más que discutible, la decisión de los coordinadores de dejar a un lado la prensa, a pesar de que muchos de los textos citados en los capítulos dedicados a los siglos XIX y XX se editasen allí, y que se privilegie con sendos capítulos de la Introducción a los manuales de historia para la segunda en-

señanza y los de enseñanza del francés. Si estos últimos fueron importantes, desde luego, para la forja de un determinado ideario de la historia francesa y de *lo francés*, mucho más lo fue, indiscutiblemente, la prensa periódica.

Suplen estos reparos acerca de la sensación de atomización y heterogeneidad del libro la propia calidad de los colaboradores (Guereña, Alvar, Pérez Priego, Cacho Blecua, Marín, Serés, Etievre, Mainer, Aymes, Botrel, Blecua, Alberca...), quienes a pesar de las lógicas estrecheces de espacio (algunos de ellos firman varios capítulos para poder pergeñar panorámicas más sensatas) logran ir más allá del breviarío, minuta y al cabo relación de lugares textuales donde se menciona la Historia de Francia. Así, Juan Manuel Cacho Blecua y María del Carmen Marín —autores de dos capítulos del libro: «Carlomagno en la literatura caballeresca y en la épica culta: una proyección ambivalente» y «La rivalidad caballeresca de Carlos V y Francisco I (épica culta y carteles de desafío)»—, porque al registro de novedades positivas, de naturaleza heurística, añaden el valor ineludible de la interpretación al transitar su indagación por la dialéctica entre historia, ideología y materia literaria, y porque analizan la propia construcción de la historia desde el terreno de la ficción literaria y evitan un mero reflejo correlativo de datos entre el texto literario y una historia *événementielle*. Del mismo modo, Jean-Françoise Botrel, investigador de trayectoria irreprochable y curtido en numerosas indagaciones de busca y rebusca de libros, folletos y literatura «menor» del siglo XIX, comienza su capítulo («La literatura del pueblo») preguntándose si el pueblo español pudo «llegar a constituirse alguna re-

presentación propia de la Historia del país vecino»; esto es (y el subrayado es de quien esto suscribe), Botrel comienza su breve aportación reflexionando acerca de una pregunta clave, de una petición de principio inexcusable por la que poder delimitar el territorio del dato y el de la representación, el de la relación roma y el del relato explicativo, anticipando así el valor exacto que debe conferirse al índice de lugares donde se mencionan episodios de la Historia de Francia.

Ahora bien, hablar de error de cálculo, como apuntábamos más arriba, puede resultar una humorada si se trata de sumas. En tanto que despliegue de erudición dispuesta cronológicamente a cargo de los más aventajados especialistas, en tanto que índice de lugares y de citas de la Historia de Francia en las letras españolas, el libro coordinado por Boixareu y Lefère ha de satisfacer al rastreador de notas y noticias, pues los colaboradores, desde su parcela, establecen breviaríos —algunos brillantes, otros menos, la mayoría convincentes para un historiador «tradicional»— desde los cuales podrían elevarse, si es el caso, los lugares a *topoi*, los temas a «funciones» transversales y los conjuntos de datos a «relatos» y «categorías» que solventen, relacionen, den sentido y, al cabo, expliquen. Que el libro discorra por los senderos positivistas conlleva el riesgo de que siempre quede la duda del dato que escapa, del autor desdeñado, de la obra olvidada; que no satisfaga del todo a quien espere más que índices y sumarios lo demuestra implícitamente la urgente labor de los coordinadores al redactar sus recapitulaciones y conclusiones. Son ellos los que tuvieron el tino de seleccionar los colaboradores, el mérito de empeñar sus esfuerzos en

un proyecto tan ambicioso y quienes, en cierto modo, adelantaron la percepción y examen de una reseña como esta; a tal punto que la reseña «descrip-

tiva» de la obra se encuentra perfectamente elaborada en las páginas 681-716, unas «Recapitulaciones» que nos ahorran una nueva relación.

—Juan Carlos Ara Torralba

Universidad de Zaragoza

jara@unizar.es

NICOLETTI, Michele y WEISS, Otto (eds.): **Il modernismo in Italia e Germania nel contesto europeo**. Bologna, Società Editrice Il Mulino, 2010, 498 págs., SBN: 978-88-15-1372-3.

La «crisis modernista» aparece en la Iglesia en la primera década del novecientos. Esos años parece consolidarse la orientación política de León XIII en Francia, España, Bélgica, Portugal, Alemania y Austria. Queda Italia fuera. La cuestión romana explica la excepción. Con el veto de Italia, vía Austria-Hungría, Rampolla fue «excluido» en el cónclave de agosto de 1903. El elegido es el cardenal patriarca de Venecia. La Lombardía y el Véneto fueron dominios austriacos hasta 1859 y 1866 respectivamente. Se esperaba un nuevo Papa. Nuevo en su orientación. Los católicos reformadores pedían lo que Benedetto, el protagonista de *Il Santo*, de Antonio Fogazzaro expone en su audiencia con el Papa. La encíclica *Graves de Communi*, del 18 de enero de 1901, sobre democracia cristiana, fijó como prioridad y preferencia de la Iglesia los obreros, el pueblo, los pobres.

El sector mayoritario del catolicismo oficial, que estará en el frente anti-modernista, esperaban un Papa que mantuviera vigente la posición anti-liberal de Pío IX, su defensa de los derechos de la Santa Sede frente a la nueva Italia, la unidad de los católicos bajo el signo de la

disciplina, y el «fomento de la piedad», vertiente no temporalista de «Instaurare omnia in Christo», lema de Pío X.

El programa es que Cristo sea todo en todos y en todo. Esa restauración fue tachada de «medievalismo». El retorno al ideal de la cristiandad, de la Iglesia como totalidad, co-extensiva con la sociedad, tuvo también aspectos claramente modernizadores, que explican las «reformas» introducidas por Pío X. La ponencia de Carlo Fantappiè destaca la modernidad jurídica de la iniciativa codificadora del Papa (137-159). Otra, la libertad en el Gobierno interno de la Iglesia. Halló el nuevo Papa en la separación del Estado una oportunidad para la libre elección de los obispos. En la constitución apostólica *Commissum Nobis*, del 20 de enero de 1904, tutelaba la libertad en la elección del Papa.

Bajo el control de Pío X, se inició en Italia la participación política de los católicos en Italia. Se aceptó la hipótesis: se podía consentir el mal menor. Esa teoría sirvió para orientar el voto católico hacia los conservadores. En Alemania no le fue posible que se aceptara que los sindicatos y el *Zentrum* fueran confesionales. Eran inter-confesionales. Siguieron siéndolo.